



# el mastín

---

## español,

---

### protagonista olvidado

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: Eduardo Sierra Hierro

**Los pequeños o grandes acontecimientos que se han producido en los lugares donde ha transcurrido nuestra vida, o donde nos sentimos arraigados tienen la facultad de arrancarnos una pequeña sonrisa cómplice y aguza nuestra curiosidad por aquello que de alguna forma sentimos como parte nuestra. Conocer la historia y costumbres de nuestros pueblos y antepasados es algo que nos apetece, y, de alguna forma, nos hace rendir tributo y reconocimiento a todo lo que ha ido forjando el bagaje cultural propio y de nuestro entorno más inmediato, y está, si no lo ha sido ya, en riesgo de ser olvidado.**

Personalmente, entre los antiguos usos y profesiones protagonistas de siglos pasados, llaman mi atención los que tienen que ver con el ganado. Sobre todo, el tema de la trashumancia ovina me parece especialmente sugerente. Era una forma de vida, más bien de ganarse la vida, que marcaba totalmente el ritmo de la subsistencia de todos los lugareños. De los que emprendían esos inacabables trayectos del norte al sur peninsular, y de los que se quedaban manteniendo las haciendas. Afortunadamente hay mucho y muy bien escrito sobre este asunto. Pero siempre echo en falta un poco más de protagonismo, quizá de reconocimiento, a una de las más importantes

herramientas pastoriles que permitían llegar a buen destino y cumplir los objetivos propuestos: los perros pastores. Y sobre todo, el perro especial: el Mastín Español. Cuentan y no acaban las abundantes historias, mitad mito, mitad leyenda, que sobre su eficacia y abnegación se narran, sus épicas peleas con los lobos. Los pocos pastores que aún quedan y han tenido la suerte de compartir esas caminatas sin fin no pueden evitar ese brillo especial en los ojos cuando se les pregunta por los mastines. Fieles, guardianes, protectores. Eran un todo con el rebaño y los pastores. No es posible imaginar de qué otra forma se podían haber realizado esos viajes a extremos



Los pocos pastores que aún quedan y han tenido la suerte de compartir esas caminatas sin fin no pueden evitar ese brillo especial en los ojos cuando se les pregunta por los mastines.





cruzando infinidad de puertos de montaña y lugares plagados de lobos y otras alimañas muertas de hambre. Sin la defensa, incluso con su vida, de estos perros no era posible transitar con tanto animal indefenso día tras día y, sobre todo, noche tras noche.

La importancia de los mastines era absolutamente reconocida por las gentes trashumantes, y sabían que, de su adecuada selección, dependía el resultado final de sus trabajos. Por eso estaba legislado claramente como habían de ser cuidados, elegidos, mantenidos, etc. Era una responsabilidad que anualmente pasaba de unos vecinos a

otros, como obligación ineludible. Incluido su mantenimiento. Abundantes leyes y normas locales versaban sobre los mastines. Las más importantes eran las que emanaban de La Mesta, ya que eran ordenanzas reales. El robo, maltrato, etc., estaban tipificados clarísimamente. Incluso el cuándo y cuánto habían de comer. Por supuesto, tanto como los pastores y antes que ellos. Cuentan que incluso tuvieron su protagonismo en la Conquista de América, donde percibían el sueldo de un arcabucero.

También encontramos en La Rioja documentos que hablan de ello, como este





que data de 1551, de la Mancomunidad de Alcanadre, Ausejo y Ocón, que dice así: “Otro sí qualquiera que hurtare o matare mastín en estos tres concejos que un cahorro tenga de pena de cien maravedís e un mastín criado doscientos y que si fuere muerto lo paguen a su dueño por lo mandaren e por lo que los alcaldes fuere tassado el mastín muerto”.

La selección de sus cualidades era absolutamente funcional. No cabían criterios de belleza o físicos. Estos no eran prioritarios. El concepto era que fuesen “ganaderos”, es decir respetuosos y custodios sin límite del ganado y obedientes con los pastores. Tampoco era necesario que fuesen especialmente agresivos con las personas, ya que estas actitudes eran causa de denuncias y sanciones que mermaban las bolsas de los pastores. Su objetivo debían ser las alimañas, concretamente el lobo. Eran o no “loberos”.

Estos perros en su aspecto solían ser grandes, poderosos y resistentes a las inclemencias del camino y los elementos.

Las dudas o temores, si aparecían, eran causa de eliminación. La horca esperaba como selector natural a quienes no demostraban esa inquebrantable actitud guardiana. Estos perros en su aspecto solían ser grandes, poderosos y resistentes a las inclemencias del camino y los elementos, a lo que les ayudaba un pelo resistente y un tupido subpelo que era semejante a la borra de las ovejas que acompañaban. Sus cabezas eran poderosas, su ladrido ronco y temible. Y con frecuencia presentaban una peculiar sexta uña doble en sus patas traseras y una papada desprendida que era consecuencia de tener una piel abundante que debía protegerle, junto con el tupido pelo





que hemos comentado, de las agresiones que el monte y el clima les reservaban. Pero si no eran “ganaderos” y “loberos”, estos atributos por sí solos no les otorgaban el título de mastín. En cambio si el perro era guardián, la ausencia o presencia de estos rasgos era secundaria. Ahora llamaríamos otra cosa a perros que trabajaban perfectamente como mastines. Y lo eran.

Los pastores sabían que debían llevar al menos un mastín cada doscientas ovejas. Según los datos censales, a mediados del siglo XVIII, época de esplendor de la ganadera ovina, se supone que había unos 100.000 mastines en España, de los que al menos 20.000 trashumaban.

En la segunda mitad del siglo XX, con la práctica desaparición de la trashumancia, y

sobre todo del lobo, dejaron de ser necesarios. Eran caros e incómodos de mantener, por su tamaño. Las economías domésticas no estaban para mantener a desocupados. La selección que se ejercía sobre ellos desapareció, salvo por algún romántico. Y poco a poco fueron convirtiéndose en “matacanes” y “tragapanes”. Eran perros sin función, vilipendiados por los lugareños. “¿Para qué valen? Si no cazan ni nada”. Su etapa dorada y su protagonismo durante siglos se redujo a eso. De vez en cuando se comentaban algunas hazañas contra alimañas en los corrales estantes, que les devolvían algo de su dignidad perdida.

En la actualidad de nuevo se ven por el monte. Han vuelto los lobos y de nuevo aparecen como la solución equilibrada a los intereses de los ganaderos estantes y de los conservacionistas defensores del lobo.

En la segunda mitad del siglo XX, con la práctica desaparición de la trashumancia, y sobre todo del lobo, dejaron de ser necesarios.







El mastín propone que el lobo viva en los puertos, pero no le permitirá que incluya en su menú a los rebaños que pastan en esos montes.

En alguna ocasión he tenido la suerte de contemplar en el Puerto de Santa Inés a varios descendientes de esos grandes perros de antaño. Su aspecto era atractivo a pesar de intuirse algún mestizaje cercano con otras razas, pero llamaron mi atención porque eran portadores de los “collares de hierros” o carlancas. Estas defensas las portaban los mastines más valientes, los que podían llegar al cuerpo a cuerpo con el lobo. Estos pinchos protegían el cuello del mastín, Todo era necesario ante el gran matador: el lobo.

También ha servido de ayuda en la recuperación de estos perros el hecho de que las exposiciones caninas les hayan abierto sus puertas. Para ello se ha tenido que

pormenorizar la descripción de los atributos que lo hacen único y diferente de las demás razas. Hay un estándar aprobado en el juego de la belleza canina que se encarga de ello. Y por tanto la selección actual es básicamente estética, promocionando los rasgos que lo hacen único. Ahora es el dandi de las pasarelas. Su impresionante presencia y serena belleza no deja a nadie indiferente. Su funcionalidad ancestral no aparece como prioritaria, pero sin duda está muy dentro de estos guardianes que la hacen aparecer sin ninguna duda en los jardines donde viven plácidamente o en los pabellones que se les encarga custodiar. Sin duda el monte es su espacio natural y donde su estampa brilla con más intensidad. Sigue siendo un gran placer contemplarlos allí en plenitud y libertad. Su profundo y ronco ladrido sigue advirtiendo a quien lo oye de quién es el dueño.